

www.elboomeran.com

Amélie Nothomb

Diario de Golondrina

Traducción de Sergi Pàmies



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Título de la edición original:
Journal d'Hirondelle
© Éditions Albin Michel
París, 2006

Diseño de la colección:
Julio Vivas
Ilustración: foto © Marianne Rosenstiehl/H&K

Primera edición: febrero 2008

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2008
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7467-9
Depósito Legal: B. 53798-2007

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, Múrcia, 36
08830 Sant Boi de Llobregat

Nos despertamos en medio de la oscuridad, sin saber nada de lo que sabíamos. ¿Dónde estamos, qué ocurre? Por un momento, no recordamos nada. Ignoramos si somos niños o adultos, hombres o mujeres, culpables o inocentes. ¿Estas tinieblas son las de la noche o las de un calabozo?

Con más agudeza aún, ya que se trata del único equipaje que tenemos, sabemos lo siguiente: estamos vivos. Nunca lo estuvimos tanto: sólo estamos vivos. ¿En qué consiste la vida en esta fracción de segundo durante la cual tenemos el raro privilegio de carecer de identidad?

En esto: tener miedo.

No obstante, no existe mayor libertad que esta breve amnesia del despertar. Somos el bebé que conoce el lenguaje. Con una palabra podemos expresar este innombrable descubrimiento

del propio nacimiento: nos sentimos propulsados hacia el terror de lo vivo.

Durante este lapso de pura angustia, ni siquiera recordamos que al salir de un sueño pueden producirse fenómenos semejantes. Nos levantamos, buscamos la puerta, nos sentimos perdidos, como en un hotel.

Luego, en un destello, los recuerdos se reintegran al cuerpo y nos devuelven lo que nos hace las veces de alma. Nos sentimos tranquilizados y decepcionados: así que somos eso, sólo eso.

Enseguida se recupera la geografía de la propia prisión. Mi cuarto da a un lavabo en el que me empapo de agua helada. ¿Qué intentamos limpiándonos el rostro con una energía y un frío semejantes?

Luego el mecanismo se pone en marcha. Cada uno tiene el suyo, café-cigarrillo, té-tostada o perro-correa, regulamos nuestro propio recorrido para experimentar el menor miedo posible.

En realidad, dedicamos todo nuestro tiempo a luchar contra el terror de lo vivo. Inventamos definiciones para huir de él: me llamo tal, tengo un curro allí, mi trabajo consiste en hacer esto y lo otro.

De un modo subyacente, la angustia prosigue su labor de zapa. No podemos amordazar del todo

nuestro discurso. Creemos que nos llamamos Fulanito, que nuestro trabajo consiste en hacer esto y lo otro pero, al despertar, nada de eso existía. Quizá sea porque no existe.

Todo empezó hace ocho meses. Acababa de vivir una decepción amorosa tan estúpida que ni siquiera merece la pena hablar de ello. A mi sufrimiento había que sumarle la vergüenza del propio sufrimiento. Para prohibirme semejante dolor, me arranqué el corazón. La operación resultó fácil pero poco eficaz. El lugar de la pena permanecía, ocupándolo todo, debajo y encima de mi piel, en mis ojos, en mis oídos. Mis sentidos eran mis enemigos y no dejaban de recordarme aquella estúpida historia.

Entonces decidí matar mis sensaciones. Me bastó con encontrar el conmutador interior y oscilar en el mundo del ni frío ni calor. Fue un suicidio sensorial, el comienzo de una nueva existencia.

Desde entonces, ya no tuve dolor. Ya no tuve nada. La capa de plomo que bloqueaba mi respiración desapareció. El resto también. Vivía en una especie de nada.

Superado el alivio, empecé a aburrirme de verdad. Pensaba en volver a accionar el conmuta-

dor interior y me di cuenta de que no era posible. Aquello me preocupó.

La música que antes me conmovía ya no me provocaba reacción alguna, incluso las sensaciones básicas, como comer, beber, darme un baño, me dejaban indiferente. Estaba castrado por todas partes.

La desaparición de los sentimientos no me pesó. Al teléfono, la voz de mi madre sólo era una molestia que me hacía pensar en un escape de agua. Dejé de preocuparme por ella. No estaba mal.

Por lo demás, las cosas no marchaban bien. La vida se había convertido en la muerte.

Lo que activó el mecanismo fue un disco de Radiohead. Se llamaba *Amnesiac*. El título le iba bien a mi destino, que resultaba ser una forma de amnesia sensorial. Lo compré. Lo escuché y no experimenté nada. Aquél era el efecto que, en adelante, me producía cualquier música. Ya empezaba a encogerme de hombros ante la idea de haberme procurado sesenta minutos suplementarios de nada cuando llegó la tercera canción, cuyo título hacía referencia a una puerta giratoria.

Consistía en una sucesión de sonidos desconocidos, distribuidos con una sospechosa parsimonia. El título de la melodía le venía como anillo al dedo, ya que reconstruía la absurda atracción que siente el niño por las puertas giratorias, incapaz, si se había aventurado, de salirse de su ciclo. A priori, no había nada conmovedor en ello, pero descubrí, situada en la comisura del ojo, una lágrima.

¿Acaso era porque hacía semanas que no había sentido nada? La reacción me pareció excesiva. El resto del disco no me provocó más que un vago asombro causado por cualquier primera audición. Cuando terminó, volví a programar el track tres: todos mis miembros empezaron a temblar. Loco de reconocimiento, mi cuerpo se inclinaba hacia aquella escuálida música como si de una ópera italiana se tratara, tan profunda era su gratitud por, finalmente, haber salido de la nevera. Presioné la tecla *repeat* con el fin de verificar aquella magia *ad libitum*.

Cual prisionero recién liberado, me entregué al placer. Era el niño cautivo de su fascinación por aquella puerta giratoria, daba vueltas y más vueltas por aquel cíclico recorrido. Parece ser que los discípulos de la escuela decadentista buscan el desenfreno de todos los sentidos: por mi parte, sólo tenía uno que funcionara pero, por aquella

rendija, me embriagaba hasta lo más profundo de mi alma. Uno nunca es tan feliz como cuando encuentra el medio de perderse.

Después comprendí: lo que en adelante me conmovía era lo que no se correspondía con nada común. Si una emoción evocaba la alegría, la tristeza, el amor, la nostalgia, la cólera, etc., me dejaba indiferente. Mi sensibilidad sólo se abría a sensaciones sin precedentes, aquellas que no podían clasificarse entre las malas o las buenas. Desde entonces, ocurrió lo mismo con lo que me hizo las veces de sentimientos: sólo experimentaba aquellos que vibraban más allá del bien y del mal.

El oído me había hecho regresar entre los vivos. Decidí abrir una nueva ventana: el ojo. Parecía que el arte contemporáneo estuviera concebido para los seres de mi especie.

Se me vio en lugares a los que nunca había ido antes, en las exposiciones del Beaubourg, en la FIAC. Miraba propuestas que no tenían ningún sentido: era lo que necesitaba.

Para el tacto, lo tenía difícil: en los tiempos en los que todavía no era frígido, había probado la vela y el motor. Así pues, carecía de un territorio

sexualmente novedoso y pospuse la solución a este problema.

En cuanto al gusto, tampoco iba a tenerlo fácil. Me habían hablado de restauradores chiflados que habían inventado alimentos gaseosos de fabulosos sabores, pero el menú medio de sus establecimientos costaba quinientos euros, la mitad de mi sueldo de mensajero. Ni siquiera podía planteármelo.

Lo más maravilloso del olfato es que no implica ninguna posesión. En plena calle, uno puede sentirse apuñalado de placer por el perfume que lleva alguien no identificado. Es el sentido ideal, distinto en eficacia al oído, siempre tapado, distinto en discreción a la vista, con modales de propietario, distinto en sutileza al gusto, que sólo disfruta si hay consumación. Si viviéramos a sus órdenes, la nariz haría de nosotros unos aristócratas.

Aprendí a vibrar con olores que todavía no estaban relacionados entre sí: el alquitrán caliente de las calzadas recién asfaltadas, el rabillo de los tomates, las piedras sin pulir, la sangre de los árboles recién cortados, el pan duro, el papel biblia, las rosas muertas hace mucho tiempo, el vinilo y las gomas por estresar se convirtieron para mí en ilimitadas fuentes de voluptuosidad.

Cuando estaba de un humor esnob, entraba en los locales de esos perfumistas que viven en sus

establecimientos y que crean sobre pedido inéditas fragancias. Salía de allí encantado con sus demostraciones y odiado por los dependientes que tanto se habían esforzado para que acabara por no comprar nada. No era culpa mía que fueran tan caros.

A pesar de esos desenfrenos olfativos, o precisamente a causa de ellos, mi sexo acabó por protestar.

Hacía meses que nada, ni siquiera a solas. Por más que me devanara los sesos, por más que imaginara lo inimaginable, nada, de verdad, ninguna posibilidad me atraía. Las literaturas más estrafalarias dedicadas a lo que ocurre de cintura para abajo me dejaban frío como el mármol. Con las películas pornográficas me daba la risa.

Se lo comenté a mi colega Mohamed, que me dijo:

—¿Sabes?, puede parecer un poco estúpido, pero estar enamorado ayuda.

Qué listo. De todos mis sentidos, éste era el más atrofiado, el que hacía posible que, misteriosamente, uno fuera capaz de cristalizar alrededor de otro ser. Le reproché a Momo que no comprendiera mi miseria moral y refunfuñé:

—¿No tienen pan? Que les den tortas.

—¿Y desde hace cuánto? —me preguntó.

—Por lo menos cinco meses.

Me miró y sentí que su conmiseración se convertiría en desprecio. No debería haberle precisado que también prescindía de darle a la zambomba. Aquello me recordó un episodio de *El vientre de París* en el que el pobre le confiesa a la hermosa carnicera que lleva tres días sin comer, lo que inmediatamente transforma la compasión de la oronda mujer en odioso desdén, ya que, para sobrevivir a semejante abyección, hay que pertenecer a una especie inferior.

Un sacerdote me habría dicho que la castidad no tiene límites. Los miembros del clero que de verdad respetan estos votos son el mejor argumento para la práctica de una u otra forma de sexualidad: son seres espantosos. Estaba dispuesto a todo para no convertirme en uno de ellos.

El oído es un punto débil. A la ausencia de párpado hay que sumarle una deficiencia: uno siempre escucha lo que no desearía oír, pero no oye lo que necesita escuchar. Todo el mundo es duro de oído, incluso los que lo tienen finísimo. La música también tiene como función creer que domina el más desastroso de los sentidos.

El tacto y el oído se convirtieron para mí en

el ciego y el paralítico: curiosamente, empecé a compensar mis abstinencias sexuales con una especie de permanencia musical. Mi oficio se adaptó bien a ello: en adelante, cruzaba París con los auriculares incrustados en las orejas, con la moto enloquecida de decibelios.

Lo que tenía que ocurrir ocurrió: atropellé a un anciano. Nada serio. Mi jefe no opinó lo mismo y me despidió en el acto. Avisó a sus colegas de que no me contrataran, calificándome de peligro público.

Me encontré sin sexo y sin empleo: demasiadas amputaciones para un solo hombre.

Peligro público, había dicho mi ex jefe. Me pregunté si ése no podría ser un oficio.

En el bar, jugué una partida de billar con un ruso muy hábil con el taco. Como apuntaba con una destreza inusual, le pregunté sobre el origen de su talento.

–Estoy acostumbrado a dar en el blanco –respondió con sobriedad profesional.

Había comprendido. Para que supiera con quién se las tenía, no le dejé ganar más. Silbó. Le dije que yo era su hombre. Me llevó al otro lado de París y me presentó al jefe, escondido tras un cristal opaco.

Teniendo en cuenta la facilidad con la que fui contratado, estoy a favor del ingreso de Rusia en Europa. Ningún papeleo, nada. Una prueba de tiro, algunas preguntas. Nadie me pidió mi carnet de identidad: pude dar el nombre que me dio

la gana. Resultó ser Urbano, mi sueño en materia de nombres. A ellos les bastó. Además, un número de móvil, por un motivo muy comprensible.

En mi ficha, vi que alguien había anotado «tirador de élite». Aquello me halagó. Era la primera vez que me calificaban «de élite» y me gustaba que fuera por un criterio objetivo. Las hadas que supervisaron mi nacimiento sólo me concedieron este don: la puntería. De niño, sentía en mi ojo y en mi cuerpo esa misteriosa facultad para apuntar, incluso antes de poseer el material adecuado. Extraña sensación la de tener un milagro de seguridad en la prolongación del propio brazo. De feria en feria, pude practicar, o más bien constatar el prodigio: sólo le daba al centro de la diana, almacenando ejércitos de gigantescos peluches.

La victoria estaba al otro lado de mi fusil, sólo que no tenía fusil ni nada que ganar. Sufría con aquel genio inútil, como un comentarista deportivo dotado para la jardinería o un monje tibetano que no se mareara al navegar.

Conocer a aquel ruso supuso para mí descubrir mi destino. Observó con atención las diez dianas a las que había disparado y dijo:

—Muy pocos hombres disparan como tú. Y ninguna mujer.

Me callé con prudencia, no sin antes pregun-

tarme qué niveles de machismo alcanzaría. Prosiguió:

—No hay nada más viril que apuntar con precisión.

No hice ningún comentario a semejantes obviedades. Mi destino parecía sentir un especial cariño por los aforismos de pacotilla.

—Felicidades —volvió a decir soltando mis efímeras dianas—. Debo avisarte de que no te servirán de mucho. Nuestros asesinos tienen la consigna de disparar a bocajarro. Y no esperes otra arma que no sea un revólver. Pero nunca se sabe, si te tropiezas con un cliente que tiene reflejos... Nosotros te contratamos como a los investigadores científicos con mucha proyección: no sabemos si nos beneficiarás en algo, sólo sabemos que un tipo como tú debe trabajar para nosotros, no para la competencia.

Me pregunté si la competencia era la policía. Quizá fueran las bandas rivales de asesinos a sueldo.

Mi don escapa a la razón. El tirador de élite tiene una vista de piloto aéreo, una mano que nunca tiembla y el aplomo suficiente para evitar el retroceso. No obstante, mucha gente que tiene esas mismas virtudes, no le daría ni a un elefante en un pasillo. El tirador de élite es capaz de establecer un punto de intersección asombroso entre lo que su ojo ve y lo que su gesto lanza.

Esperé con impaciencia mi primera misión.
Comprobé mi buzón de voz veinte veces al día.
La angustia me agarrotaba el estómago: no la angustia del trabajo, del que todavía lo ignoraba todo, sino la angustia de no ser elegido.